



Miradas

Fue hace 50 años...

La llegada del hombre a la Luna

Guerra Fría

Una emisión de radio corta, iterativa y sencilla que provenía del espacio fue el comienzo. Detectada por muchos radioaficionados, revelaba sin ambages, y en el marco de la Guerra Fría, el inicio de la carrera espacial entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. El 4 de octubre de 1957, desde Kazajstán, se había lanzado un cohete R-7 portando el satélite Sputnik 1, una esfera de aluminio de 83 kilogramos que llevaba, entre otros instrumentos, dos emisores de radiofrecuencia. Orbitó la Tierra durante 57 días, incinerándose durante su reingreso. En los primeros días de noviembre, se lanzó al espacio a la perra Laika, acondicionada en el diminuto volumen del Sputnik 2.

Tras estos primeros éxitos de la cosmonáutica soviética, había llegado el momento de dar el paso que llevaría a los humanos más allá de la atmósfera terrestre, responsabilidad que finalmente recayó sobre Yuri Gagarin en el Vostok 1 y Valentina Tereschkova en el Vostok 6. Pero la innegable supremacía rusa llegó a su fin cuando Neil Armstrong dejó su huella en el suelo lunar y pronunció su célebre sentencia: “Es un pequeño paso para un hombre, un enorme salto para la humanidad”.

Palabras conmovedoras cuya grandilocuencia épica, sin embargo, no logra disolver las contradictorias motivaciones y los complejos significados de los viajes espaciales: ¿es el conocimiento del universo, el desarrollo tecnológico, los logros militares o la redención religiosa lo que enciende los motores que empujan nuestro pensamiento y nuestra acción hacia los “cielos”? Al respecto –y no como respuesta a esta cuestión, sino como forma de ver nuevas aristas–, es interesante considerar un comentario sobre Wernher Von Braun, responsable del desarrollo de los misiles V2 del Tercer Reich y –tras ser reclutado y “desnazificado” por los Estados Unidos– del cohete Saturno V que impulsó a los hombres hacia la Luna. Sobre su pensamiento, el historiador David Noble propone la siguiente descripción, sugestiva y perturbadora, al arremeter contra las bellas creencias que nos gusta defender sobre la nobleza del acto exploratorio y la necesidad de la perpetua mutación tecnológica:

Se puede afirmar que Wernher Von Braun era un oportunista que trajo la muerte, si es que se necesitaba, en el nombre y con el objetivo determinado de la trascendencia extraterrestre. De este modo, se convirtió en un guerrero de la construcción de cohetes del Tercer Reich y, en ese proceso, en miembro del partido nazi y en un oficial de las SS. De esta forma, posteriormente fue arquitecto del arsenal de misiles balísticos de largo alcance del ejército de Estados Unidos y, además, un renacido cristiano patriótico.¹

¿Cómo leer, tras estas consideraciones, la marca que dejara Neil Armstrong sobre el suelo lunar? ¿Debemos renunciar a la emoción vinculada con las primeras imágenes recibidas de un hombre caminando sobre un mundo que no es la Tierra? Cuando nos sumergimos en los relatos de los viajeros y exploradores del pasado nos enfrentamos con problemas similares. Podemos conmovernos con los viajes de Colón o Magallanes, pero no podemos olvidar que llevaban en su proa el acto de la conquista.

La osadía exploratoria de David Livingstone nos puede llamar a cierta admiración, pero no por ello hemos de olvidar el vínculo de este acto con la apropiación del África central por las potencias europeas. De hecho, su vida está relacionada con la de otro explorador, Henry Morton Stanley, quien finalmente entrará al servicio del rey Leopoldo II para llevar adelante su política de explotación y exterminio en el Congo Belga.

¹ Noble, D. F. (1999). *La religión de la tecnología. La divinidad del hombre y el espíritu de invención*. Barcelona: Paidós, p. 158.

Amundsen llegando al Polo Sur, Scott fracasando y muriendo en el frío antártico, llaman también a nuestros sueños de aventura y a nuestro deseo de adentrarnos en mundos desconocidos. Pero la Antártida no es solo el continente para la expresión de la épica humana. Es un territorio en disputa.

Lejos de una lectura simple y unívoca, la llegada del hombre a la Luna nos propone lecciones diversas y conflictivas sobre el mundo y nuestros contradictorios logros técnicos.

En el suelo lunar

La huella de Armstrong, finamente marcada en el polvo lunar, obliga a nuestra razón a explorar los actos y las intenciones que rigen el mundo de la creación tecnológica. Allí conviven perspectivas contrapuestas y múltiples que, a veces, lo hacen bajo una leve y seductora tensión, pero, otras, suceden bajo el yugo de una desgarradora angustia. Tal vez, lo único que resuelve este panorama sobre lo que hemos de promover, sobre lo que hemos de criticar y sobre lo que hemos de temer en nuestro devenir tecnocientífico sea el mandato de las leyes que rigen nuestro universo ético, el cual, como sabemos, es frágil y muchas veces confuso.

Es tiempo, entonces, de reformular las palabras de Armstrong: fue un pequeño paso para un hombre... ¿fue un gran salto para la humanidad?

Revista Scholé. (2019). 1969. La llegada del hombre a la Luna. Revista Scholé 2019 (2), sección Miradas. Recuperado de schole.isep-cba.edu.ar/1969-la-llegada-del-hombre-a-la-luna/

